

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

ASPECTOS ESPAÑOLES

Madrid ha presentado un aspecto pintoresco estos días. A la búsqueda del pan de cada día, mujeres y chicos se han echado a la calle y han formado unos largos cordones humanos a la puerta de cada tahona.

Nos habíamos acostumbrado ya, a las colas de los estancos, una vez cada semana; pero estas largas filas, de gente que espera el pan, son mucho más interesantes en muchos aspectos. Estas colas del pan no se han interrumpido un momento en varios días; los dejaba el sol que se ponía y otra vez volvía a alumbrarlos a la mañana siguiente en un nuevo orto. Y es que la necesidad del pan es algo que continuamente pesa sobre la naturaleza humana; es el constante acarreo de materiales nuevos para sustituir a los que la actividad gasta constantemente.

En la actual carestía de la vida el pan es, quizá, el único alimento de media España, de más de media España probablemente; de casi toda la gran población productora que forma la base fundamental de la sociedad; de los que cultivan la tierra y la fecundan, de los que construyen las casas y los palacios, de los que mueven las máquinas potentes y transforman las primeras materias; de los que nos visten y nos alimentan a todos, de los que nos ponen en condiciones de verificar esta primera, esencialísima función: vivir.

Para toda esta gran población, el pan es el fundamento de su economía. Por eso las mujeres han desatendido sus ocupaciones del hogar y han salido a la calle a buscarlo; por eso los chiquillos raquíticos y traviesos, han formado en la cola de todas las tahonas.

Un día, al anochecer—yo no sabía nada de la huelga—me encontré, en el bulevar de Carranza, un gran tropel de mujeres gritadoras. Tenían un gesto de rabia; llevaban cerrados por la cólera los puños y abierta la boca que vomitaba insultos y pedía pan. Creí que iba a ocurrir algo muy grave. Yo sé que cuando las mujeres quieren los hombres matan.

Unos guardias, armados con carabinas, presenciaban el griterío de las mujeres y aguantaban estóicos el turbión de insultos.

Yo compadecí entonces a estos infelices guardadores del orden, a estos hijos del pueblo, embutidos en un uniforme azul, puestos enfrente de los que son sus hermanos de miserias. ¿Comprendéis esta humilde tragedia íntima, de los guardias que no pueden dejar de ser hombres? Yo comprendo todo el dolor de esta pobre gente, que tiene unas mujeres desgredadas como aquellas que gritan en la calle, y bravías como aquellas; unas mujeres miserables que hacen equilibrios con cuatro pesetas para poder vivir horriblemente. Yo siento todo el dolor de estos guardias que no han sabido abstenerse de ser padres y tienen unos hijos harapientos y revoltosos, como los que gritan en las colas interminables de las tahonas.

Pasó el turbión sin que ocurrieran grandes cosas. Se organizó el servicio transitorio y allá fueron las mujeres y los chicos a las puertas de la tahonas a formar muy largos cordones humanos.

La alegría madrileña—que ha evitado tantas desgracias en fuerza de poner una sonrisa sobre cada tragedia—se ha dejado sentir en estos días extraordinariamente.

En verdad es admirable este pueblo nuestro que sabe reirse hasta del hambre y de la miseria.

No es posible describir lo que han sido las colas del pan. Desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana han estado esperando que saliera la primera cochura del día, sin desesperarse. Cada mujer ha llevado su silla, algunas un colchón; y con ellos marcaban un sitio, cuando querían salirse de las largas ringeras. Unos hombres con guitarras y bandurrias han pasado la noche tocando, mientras bailaban las mocetas pintureras y los abuelitos del barrio. En otras partes han llevado un organillo de manubrio; un acordeón melancólico y tristón lanza sus notas entrecortadas de asmático y a su compás baila la gente joven. En otro sitio han simulado una boda y han ceñido la frente de la novia con unas ramas de acacia en flor. Se juega al corro, a la gallina ciega; todo es motivo de algazara y de regocijo. No hay en todo el mundo un pueblo de mayor vigor espiritual que este nuestro. La política del desastre hubiera aniquilado a cualquier otra nación que no hubiera tenido esta formidable panacea de la risa.

Así han transcurrido estos días de un conflicto que hacía temer justamente. A la hora en que escribimos, esta huelga injusta está perdida por los obreros. Pero resuelta esta huelga, todavía el horizonte social se presenta preñado de nubarrones amenazadores.

Hay quien aconseja al Gobierno procedimientos duros, represivos. Con esto se conseguirá, por de pronto, evitar algo que ha de suceder; pero se habrá arrojado un nuevo fermento de odio. Los predicadores de la rebelión no pueden desear otra cosa.

Hay quien aconseja sistemas de templanza. Es ya demasiado tarde. La política de blandura, que crea la impunidad del crimen, no ha de contener las reivindicaciones del proletariado endiosado y poderoso.

¡Demasiado tarde!... Quizá sea llegada la hora de la expiación y la expiación no se evita ni con rigores, ni con templanzas. Veinte siglos, desde que Cristo hizo comulgar juntos al patricio y al esclavo, y aun subsiste el azote del capitalismo brutal. A la hora de la caridad fuimos ciegos; hemos de serlo también en la hora de la justicia.

ALBERTO GARCÍA LÓPEZ.

Madrid y Mayo